



LA ORACIÓN DE LOS POBRES EN EL ESPÍRITU

Para la reflexión y la oración en grupo

Demasiadas veces, en el itinerario de nuestra fe, pasamos al lado de la realidad de Dios sin verlo, porque lo esperamos o lo buscamos en lo extraordinario, en un mundo desconectado de lo cotidiano, o en unos caminos hechos a la medida de nuestros proyectos y de nuestros deseos; nos imaginamos que Dios está ausente o distante. Los planes de Dios nos desconciertan y su camino nos parece extraño. No es Dios quien se aleja: somos nosotros quienes hemos dejado Nazaret. No es que se retrase la hora de Dios: es que nosotros ya no la esperamos.

** ¿Sabemos nosotros asumir juntos, como Iglesia, lo común y lo corriente de la vida y afrontar con constancia las necesidades concretas de la comunidad (catequesis, liturgia, ayuda mutua, escucha a los más pobres, administración)?*

** Cuando los frutos se hacen esperar o cuando se presentan los obstáculos, ¿sabemos esperar, juntos, de una manera activa la hora de Dios, como María en Nazaret?*

Para la oración personal

Dios, para hacer cosas grandes en nosotros, no necesita de nuestras grandezas; sólo pide nuestro sí confiado a su Amor. En ese caminar generoso y humilde, encontraremos cada día lo mejor de nosotros mismos: nuestro ser de hijos e hijas de Dios. Aprenderemos a orar, como pobres de corazón, nuestro Magníficat: Dios me ha salvado, Dios me ha mirado, Dios ha hecho cosas grandes en mí.

- *En los momentos de indecisión, de cansando o de desaliento, ¿vuelvo espontáneamente a Nazaret para encontrar allí la esperanza de los pobres?*
- *"Me ha mirado", canta María. ¿Aprecio yo todo el valor de esa mirada que Dios me dirige también a mí? ¿Busco, como María, sacar de ella toda mi alegría?*

La Pobreza espiritual en el Antiguo Testamento

Cuando el pueblo de Israel se hizo sedentario, la pobreza, era una realidad sociológica; pero ha acabado designando una actitud anímica, hecha de apertura a Dios, de acogida de su gracia, de disponibilidad ante sus designios, de humildad. La pobreza espiritual implica así la fe, pero con un matiz de abandono, de confianza: *"Hombre, ya te he explicado lo que está bien, lo que el Señor desea de ti: que defiendas el derecho y ames la lealtad, y que seas humilde con tu Dios"* (Mi 6,8). El pobre es un "justo", un fiel que se "ajusta" al querer de Dios.

El profeta Sofonías, hacia los años 640-630, describe al Israel fiel como un pueblo de "pobres". *"Dejaré en ti un pueblo pobre y humilde, un resto de Israel que se acogerá al Señor"* (3,12; cf. 2,3).

Jeremías, envuelto en todo tipo de persecuciones, se fía de Dios que sólo le da una seguridad: *"Yo estoy contigo"* (15,20). Su mensaje de confianza se recogerá en el exilio por los poetas de las Lamentaciones: *"El Señor es mi lote", me digo, y espero en él. Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor* (Lm 3,24.26).

Isaías lo proponen como un ideal de pobreza espiritual (Is 56-66). *"En éste pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido, que se estremece ante mis palabras"* (Is 66,2).

Los Salmos, a partir del exilio, hablan de Yhwh con confianza como del que salva a los indigentes y libera a los oprimidos: *"El pobre clamó y el Señor le escuchó. Gustad y ver qué bueno es el Señor, dichoso que se acoge a él"* (34,7.9).

Los pobres de Yhwh expresan su sensibilidad comunitaria: *"Miradlo, los humildes (los anawin), y alegraos, los que buscáis a Dios, cobrad ánimo"* (69,33). *"Comerán los desvalidos (los anawin) hasta saciarse y alabarán al Señor los que lo buscan"* (22,27).

Los Cánticos de los pobres en Lucas 1-2

María, en el Magnificat se presenta como la esclava del Señor, abierta a su palabra y segura de que se cumplirá. Su mirada abarca todo el misterio del pueblo de Dios. Canta la forma de proceder de Dios, en el que se manifiestan los diferentes rostros de su fidelidad. Frente al grupo de los que lo rechazan -los soberbios, los potentados y los ricos de corazón-, María reúne en torno a ella al grupo del sí: a los humildes, a los pobres, a los hambrientos de Dios, a su siervo Israel; a Abrahán y a todo su linaje de hombres de fe. Dios actúa con poder: dispersa, derriba, despide con las manos vacías. Con los humildes, despliega todo su amor: levanta, ensalza, colma de bienes. Dios "se acuerda", sabe lo que ha prometido a los que le aman. "De generación en generación" mantiene su proyecto de amor. Para todo el pueblo de los pobres de corazón el Poderoso hace maravillas.

El cántico de Zacarías canta la esperanza de los pobres del Señor, de los anawin de todos los tiempos, rodeados de enemigos, de "los que viven en tinieblas y en sombras de muerte" y que esperan la liberación como señal del amor de Dios y de su fidelidad a su pueblo. Zacarías bendice al "Señor, Dios de Israel", al Dios de la llamada, que visita y redime a su pueblo. Hace memoria de las dos grandes promesas que Dios hizo y que cumplió: la promesa a David y a su linaje, la promesa a Abrahán y a su descendencia. Dice que el niño será profeta del Altísimo y que hará de puente entre la antigua alianza y el Evangelio, entre las promesas y su cumplimiento. El cántico se cierra con una alabanza al Mesías: "el Sol que nace de lo alto, para visitarnos a los que vivimos en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz" En la tierra de los hombres se eleva cada día la luz de ese Mesías salvador; pero el Sol viene de lo alto, de junto a Dios, y en el nacimiento de Jesús Dios mismo guiará a los pobres hacia su Hijo.

También *los pastores de Belén* fueron alcanzados por Dios en su

cotidiano quehacer, en medio del frío de la noche junto a los cercos de sus rebaños; y las maravillas que Dios realizó para ellos en la noche de Navidad hablan a los pobres: Dios les hace sentir su presencia y su cercanía envolviéndoles en su luz: "Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías, el Señor. Esto os servirá de señal: Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre".

Debilidad, dependencia, indigencia: son las tres señales dadas a los pastores para reconocer al Mesías de Dios. Las señas de su propia existencia: el Mesías que van a buscar es ya uno de ellos.

En la presentación de Jesús en el templo (Lc 2,22-35), María estrecha entre sus brazos la ofrenda del mundo; José trae la ofrenda de los pobres: dos pichones. Y el anciano Simeón sale a su encuentro.

Simeón no es sacerdote, ni rabino, ni doctor de la Ley. Había ido al templo llevado por el Espíritu. Tres palabras lo identifican con los pobres de Yhwh: es un justo, "ajustado" a la voluntad de Dios; es un hombre piadoso, un hasid, espera en su misericordia; es un hijo de Israel, espera el cumplimiento de la promesa, asociado al pueblo de los humildes. Ese es el hombre de fe, de amor y de esperanza a quien el Espíritu envía al encuentro del Mesías. Recibe al Niño sin una palabra: es la nueva Alianza en brazos del anciano; el momento de fidelidad que Dios había ido preparando desde Abrahán: "Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador"

Ana servía al Señor con corazón de pobre. Cuanto más avanzaba en años, más se reducía su vida a lo esencial: "No se apartaba del templo, sirviendo noche y día con oraciones y ayunos". Un gran amor vivido en las cosas pequeñas, una entrega a la alabanza y a la acción de gracias. Esa fidelidad tan sencilla recibe una recompensa digna de los pobres de Dios: un instante de testimonio profético para toda una vida de recogimiento: "Se presentó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a cuantos aguardaban el rescate de Jerusalén".